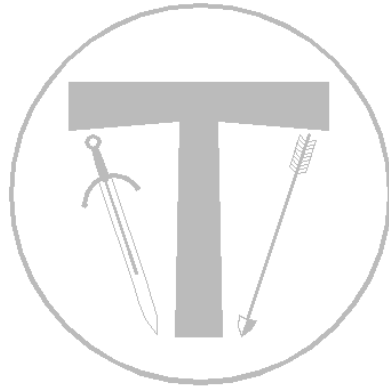


# ABACUS

---

*Revista de la Asociación BAUCAN*

*ISSN 1889-8800*



**[www.baucan.org](http://www.baucan.org)**

# LOS GRAFFITIS TEMPLARIOS DE DOMME

Canónigo P. Tonnellier

Traducido del francés por  
Julián  
MARTOS RODRIGUEZ

---

## INDICE

¿Quién eran entonces los Templarios? ¿Eran herejes?

Heréticos

¿Alquimistas?

Las figuras simbólicas

Ni mejores... Ni peores

En Paris como en Domme

Un extraño proceso

Infamia y herejía

Como corderos al matadero

La vía del calvario

Una santa cólera

El Papa y el Rey

El "Destructor"

Una botella al mar...

Cruces repetidas en todas partes

## **¿Quién eran entonces los Templarios? ¿Eran herejes?**

Esta extraordinaria colección de graffitis (inscripciones) que hemos presentado en la revista *Archéologie* nº 32 (páginas 24-27), es capaz de esclarecer un poco a esos enigmáticos Templarios.

¿Qué clase de hombres eran? ¿Merecían verdaderamente la acusación de la que fueron objeto? Parece que esos graffitis nos hagan entrar de lleno en su intimidad, y nos permitan conocerlos mejor. Los inquisidores del proceso nos aseguran que los Templarios tenían ritos extraños en sus recepciones.

El crucifijo era ridiculizado, pisoteado, cubierto de escupitajos, no siendo el crucificado el Hijo de Dios muerto por los hombres, sino un hombre como los otros e incluso un criminal. Sin embargo, ¿qué es lo que vemos en Domme? Esos archivos secretos, que han permanecido guardados durante 650 años nos revelan, de repente, en los Templarios un ardiente amor por el Crucifijo. Esos hombres lo ponían en honor por todas partes de su prisión. Cruces, crucifijos, escenas de la Crucifixión, abundan y forman como el fondo mismo de la meditación de los prisioneros. Si han sido amorosamente grabadas o esculpidas esas imágenes, es con el fin de orar mejor ante ellas. No escatimaban al crucifijo los honores divinos. No cargaban su frente con la corona de espinas, sino con la corona gloriosa. Es la corona real o el nimbo radiante, o el nimbo cruciforme tradicionalmente reservado a Cristo solamente. La cruz misma está rodeada de honores y de sus brazos salen rayos gloriosos. ¿Es el acto de hombres que, un día solemne, habrían escupido sobre esta misma cruz, sobre ese mismo crucifijo?

Los inquisidores acusaban a los capellanes Templarios de omitir, en la misa, las palabras de la consagración, lo que equivale a negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Parece que baste mirar ese gran grabado donde Cristo presenta el Pan y el Vino y leer debajo ese magnífico acto de fe: Mi alimento es Dios, Dios es mi alimento. En verdad lo ha dicho. Yo creo. Y más abajo en el banco del centinela, la misma y tierna alusión a la Eucaristía: ¡oh! Dios es mi alimento. O más lejos esa hermosa hostia al pie de un crucifijo, o también el Grial, la copa de la Preciosa Sangre que recoge José de Arimatea. ¿Es eso el hecho de despreciar la Eucaristía?

Los inquisidores acusaban a los Templarios, en el momento de su recepción en la Orden, de renegar no solamente al Crucifijo, sino también a la Virgen y a los Santos. ¿Qué nos muestran esos muros? Vírgenes torpemente esculpidas sin duda, por escultores improvisados, no teniendo más que, probablemente, un clavo a guisa de cincel y una piedra a guisa de mazo. ¿Pero esas pobres esculturas, no son más conmovedoras en su precioso marco? ¿Podríamos no estar emocionados de esta discreta súplica: Madre de Dios, ruegue por nosotros? ¿Y no encontramos a San Miguel y a San Juan los santos patronos de la Orden, y los ángeles en el Paraíso?

Todo eso no ha sido realizado por las necesidades de la causa; todo eso es demasiado verdadero y no puede engañar. Los muros nos cuentan la vida espiritual de unos hombres que eran incontestablemente amantes de la Cruz y de la Eucaristía y de servidores devotos de la Virgen y de los Santos.

## Heréticos

Se les acusaba también de herejía. Acusación capital y temible. Pero no se ha precisado nunca de qué herejía se trataba. Se ha hablado de monofisismo, de maniqueísmo, de gnosticismo, de infiltraciones cátaras, de esoterismo por fin. Todo eso hace pensar en el conocido refrán: “El que quiere ahogar a su perro, le acusa de tener rabia”.

De hecho, nunca se ha probado ni encontrado nada parecido. ¿Y verdaderamente, no respira aquí toda la fe más ortodoxa, la piedad más sencilla e incluso la más tierna en esos religiosos que no eran menos soldados? Lo que adoran, lo que veneran, lo que aman, lo que rezan, es lo que la Iglesia siempre ha adorado, venerado, amado, rezado y todo lo que hoy seguimos adorando, venerando, amando, rezando. Ni el menor desvío en su fe o en su piedad. De ellas se puede decir “Sicut erat in principio”: Iguales como al principio, iguales ahora, iguales siempre.

Sé bien que algunos querrán, a pesar de todo, encontrar fallos en esta fe y en esta piedad. Pienso ahora en los que quieren encontrar esoterismo en todas partes y a toda costa, a base de una comparación falaz, de comparaciones forzosas, vinculadas por múltiples “tal vez”, formando el conjunto un andamiaje oscilante en cuya cumbre se instala un = entonces tiene pluses categóricos, pero que hace pensar en el sorite de los sofistas. Sin duda éstos no dejarán de encontrar en este conjunto de graffitis, tal o cual detalle que les parezca sospechoso.

Notarán por ejemplo con satisfacción la presencia del Grial y octogonal por añadidura. El Grial, nos aseguran, hubiera sido indudablemente, para algunos por lo menos, un símbolo alquimista. “Luego” no vacilan en concluir que los Templarios practicaban la alquimia. Este “luego” es de esos que desafían la lógica cuando parecen someterse a ella. Que se nos permita una comparación. Digamos por ejemplo “Los naipes sirven para predecir el futuro; ahora bien, los jugadores de mus usan naipes, luego buscan predecir el futuro”. La falsedad del razonamiento salta a la vista. La verdad mucho más sencilla es que la “búsqueda del Grial” no era a través de las apariencias de la novela de aventuras – diríamos hoy de capa y espada – incluidas las del “amor cortés” – más que las manifestaciones del culto que los caballeros de entonces profesaban a la Sangre Preciosa, y que no hay ninguna razón de creer que los Templarios hubieran visto en él otra cosa, y se hubieran preocupado por ensoñaciones metafísicas.

## ¿Alquimistas?

Esta leyenda del Grial, como la recuerda oportunamente M. Ollivier, encuentra su origen en el reparto del botín después de la toma de Cesárea, entonces más de un siglo antes de que Chrétien de Troyes lo coja y lo explote.

Era, se aseguraba, la copa de la Cena, la misma que le sirvió a José de Arimatea para recoger la sangre de Cristo en la cruz. Si, más tarde, al principio del siglo XIII Eschenbach hizo de él una piedra misteriosa (filosofal) dando a su poseedor vigor y juventud, vemos en efecto la leyenda derivar hacia la alquimia. Pero esa misma alquimia ¿no era sólo un símbolo? ¿Esa piedra no era sólo un “coágulo” de la sangre de Cristo? ¿Y no son precisamente el cuerpo y la sangre de Cristo lo que pueden devolver al hombre vigor y juventud?

Si los Templarios “en las horas de descanso con bonitas palabras y cortesías” que les concedía la Regla (lo que sólo podía ser la lectura de novelas de caballería), hubieran leído a Eschenbach, sin duda no lo hubieran entendido de otra forma, ellos que escriben claramente, no lejos de la imagen del Grial: “Dios es mi alimento”. Para ellos, el Grial, no es otro que la copa de la sangre de Cristo, que recoge piadosamente José de Arimatea.

## Las figuras simbólicas

Pero otras figuras alertarán también a nuestros hermetistas.

En el gran cuadro de la Eucaristía vemos, con el Sol y la Luna, tres estrellas. ¿Nada más natural? ¿Pero qué ocurre si una de esas estrellas tiene ocho radios? He aquí una prueba de esoterismo, diremos pues que la estrella de ocho radios es la estrella perfecta, la figura de la piedra filosofal, la estrella hermética, la que da la llave al desciframiento del encasillado criptográfico... Pero si nuestras estrellas tuvieran la forma heráldica de cinco puntas, nos dirían entonces que se trata del "sello de Salomón", y pretenderían sacar otras conclusiones. De todas formas estamos liándonos. Tanto más que, al mirar bien, una sola de las estrellas tiene ocho radios; las otras dos tienen nueve ¿Entonces qué concluir? Simplemente que una estrella ha de tener radios o puntas, si no, no sería una estrella.

Ahora bien, hace falta tomarlas en su contexto, son aquí las compañeras del Sol y de la Luna, luego sencillamente estrellas. Querer encontrar a toda costa otra cosa nos parece absolutamente arbitrario. En cambio, será el contexto el que nos hará reconocer y admitir sin dificultad que la estrella de ocho radios nos parece en efecto cargada de un sentido simbólico.

Lo mismo admitiremos que, si algunas de las manos que encontramos pueden haber sido nada más que un pasatiempo de soldados, otras como la que figura en la misma saetera, cerca de la espada y de la estrella, o esa otra que se ve (como anulada del resto por dos trazos en cruz) al lado de la Bestia-Clemente V, son visiblemente simbólicas. Simbólico también tal vez, el pequeño cuadrado que se nota en esa misma figura.

Seríamos menos afirmativos con respecto a la pequeña rayuela encontrada en el banco de una saetera. Tantos soldados en los cuerpos de guardia, e incluso monaguillos en las iglesias, han grabado ese dibujo popular, por lo que podemos poner en duda su origen templario.

Reconozcamos también como figuras simbólicas el recinto que encierra una cruz, y en otra parte antes de la espada, el doble recinto encerrando igualmente una cruz. ¿Qué se puede concluir? Simplemente que los Templarios han usado, como otros muchos, grafismos simbólicos y un lenguaje de convención. Es un procedimiento que denota a veces entretenimiento y fantasía, a veces también una prudencia necesaria.

Pero de todas formas, no hay que perder de vista que simbolismo y lenguaje secreto no son en absoluto sinónimos de esoterismo, es decir de una iniciación a alguna doctrina escondida y de un lenguaje hermético; pero podemos emplear por tal o cual motivo un lenguaje hermético sin ser por lo tanto esotérico.

¿No es el caso de un buen número de prisioneros? Aquí también, hace falta volver a ponerse en el contexto, y preguntarse, si tal iniciación puede ser compatible con



la fe auténtica y vibrante de la cual esos muros testigos exponen las pruebas ante nuestros ojos.

En definitiva, los grafitis de Domme nos muestran en los Templarios a “buenos católicos” como pretenden serlo, como se lo dicen al Papa, como quieren ser siempre. Buenos católicos, con la fe muy segura, sin el menor desvío, con la piedad fuerte y tierna de su Orden. No es exactamente la imagen que la Historia ha querido dejarnos de ellos.

## Ni mejores... Ni peores

Bien está, dirán algunos. Pero nada prueba que todos los Templarios se hayan parecido a esos de Domme, que hayan tenido la misma ortodoxia, la misma piedad, la misma sobrenaturalidad, la misma virtud... Domme no es un caso excepcional, según el cual ¿sería imprudente juzgar a los Templarios en general? A nuestro turno, preguntaremos ¿quién puede autorizarnos a ver en el grupo de prisioneros de Domme una selección de sujetos superiores a la media, más religiosos o más fervientes? En efecto podemos juzgar a los Templarios sólo por esos que conocemos. Ahora bien, conocemos a esos de Domme. ¿No estamos en el derecho de decir con el poeta: “Ni mejores que unos, ni peores que otros”? Pues, arrestados todos juntos en la misma redada, no hay razón para pensar que se haya hecho alguna elección entre ellos. ¿Y según qué normas se hubiera hecho? Constatamos por el contrario que los prisioneros de Domme permanecieron al menos hasta 1318, tanto decir que probablemente hasta su muerte. Eran por tanto, no inculpados en prisión preventiva, sino condenados a prisión perpetua, habiendo hecho sus confesiones. Sabemos qué valor tenían esas confesiones bajo la tortura. No importa, habían confesado. Se encontraban por tanto en el caso más común de los Templarios y pueden estar considerados como bien representativos de la mentalidad media de sus hermanos de religión.

Pero por dicha, conocemos bastante bien otro grupo de prisioneros, por la hermosa oración que compusieron en su prisión de Sainte-Geneviève en París. Tenemos pues un punto de comparación. En primer lugar es a Cristo Crucificado a quien se dirige esta oración “Esos que por tu Pasión y tu humildad enlazas a la madera de la Cruz, redimiéndolos por tu misericordia, consévalos, consévalos...” A continuación la Virgen “ en honor de quien tu Orden la Orden del Temple ha sido fundada...” Después es a San Juan también protector del Temple, él “a quien Cristo tanto ama...” y en su oración, toman a Dios como testigo de la inocencia de la Orden “a pesar de las calumnias, sabéis bien que nos ha sido echadas en cara... Tú sabes que somos inocentes de los crímenes que nos imputan...”

## **En Paris como en Domme**

Veamos ahora los muros de las torres de Domme. Es el mismo Crucificado, la misma Virgen, el mismo San Juan que encontramos y la misma afirmación de inocencia que se manifiesta en la indignación contra Clemente V. Diríamos que los graffitis en Domme han sido calcados de la oración de los prisioneros de París. Son, si lo preferimos, su ilustración en imágenes.

La fe y la piedad de unos y de otros vibraban al unísono, hablaban el mismo lenguaje, rendían el mismo acento. Ciertamente no es por casualidad. Hace falta ver el resultado de una misma formación religiosa, que ha dejado sobre todo, en París como en Domme, la misma huella.

Entonces podemos pensar, parece ser, que tales eran los Templarios de Domme y de París, tales eran esos de otros lugares y de todas partes.

En cambio, acordamos naturalmente que de los casi tres mil Templarios que hemos contado en Francia, con otros tantos sargentos y otros tantos seguidores, bien podría encontrarse algunas ovejas infectas. Lo contrario sería incluso sorprendente.

Precisamente sabemos que el Gran Maestre velaba con severidad, y que fue esta justa severidad con respecto a algunos culpables que atrajo sobre la Orden las denuncias venenosas dictadas por el rencor, y que Felipe el Hermoso fue demasiado feliz al explotarlas. Eso mismo, prueba que la Orden hacía su propia vigilancia y mantenía su integridad moral. Los indignos verdaderamente no debían ser numerosos. Eran ellos la excepción. De todas formas, lo vemos, no es en Perigord (región donde se encuentra Domme) donde había que ir a buscarlos.

## Un extraño proceso

Estamos bien lejos de los soldadotes corrompidos sin fe ni ley que cierta Historia ha querido mostrarnos. Eso da que pensar, y estamos obligados a preguntar, una vez más, cómo han podido arrastrar a tales hombres delante de la Inquisición, por medio de qué maquinación tal proceso ha podido ser “montado”. Confieso no estar entre esos que creen en la pureza de los motivos que han guiado a Felipe el Hermoso, ese príncipe piadoso, nos dicen, que habría actuado por la defensa de la fe. Es olvidar demasiado fácilmente Anagni y la excomuniación de la que el rey fue entonces afectado. ¿Ejercía sus deberes de cristiano?

Eso no prueba gran cosa, y le hubiera sido bien difícil, si no imposible, en esta época hacer de otro modo. Las bonitas fórmulas y declaraciones de propósito no son más que literatura. Y si el rey había tenido verdaderamente en vista la defensa de la Iglesia, era al Papa a quien debía haber dejado lo suyo. En realidad, profundamente imbuido de principios reales, como sus familiares, los Flotte, los Dubois, los Marigny, los de Plessis y el excomulgado Nogaret, era ya el arquetipo de lo que llamaríamos hoy el católico anticlerical. El quería que el Papa fuera a su mano y marchara a su antojo. Y podía disponer ahora, después de Bonifacio VIII y Benito XI, de un papa francés.

Garantizamos que el proceso de los Templarios no hubiera tenido lugar si Bonifacio VIII o Benito XI hubiesen vivido. Garantizamos también que ese proceso no hubiera tenido lugar si Molay, menos celoso con la independencia del Temple hubiera aceptado la fusión de su Orden con la del Hospital. Garantizamos que no hubiera habido tampoco lugar si Molay, más flexible y menos celoso de la independencia del Temple hubiera aceptado abdicar su rango de Gran Maestre en favor de uno de los hijos del rey. ¡Nadie duda entonces que el Temple no hubiera sido engalanado de todas las virtudes!

Además, a los ojos de Felipe el Hermoso, el Temple tenía dos grandes errores. En un día de motín contra el rey monedero falso, el Temple donde se había refugiado lo protegió eficazmente, donde había demostrado su fuerza: y a continuación sacó a flote el tesoro real: haciendo entonces alarde de su riqueza. Fueron dos grandes imprudencias. Fueron también esos servicios que en política no se perdonan.

## **Infamia y herejía**

Ahora bien, era bien difícil hacer al Temple un proceso político: precisamente había rendido demasiados servicios al rey. Pero había mejor. Para derribar a un adversario molesto, en esos tiempos, nada mejor que un buen proceso religioso. En ese terreno la partida estaba ganada de antemano.

Entonces hicieron un proceso religioso. Ante una acusación de infamia y principalmente de herejía, todo acusado estaba perdido. El código de la jurisprudencia eclesiástica despiadadamente retorcida, se encargó, por la tortura, de arrancar al acusado todas las confesiones que querían, ¡“incluso de haber matado a Dios”! decía un Templario con una negra ironía. Entonces era, por lo menos, la prisión perpetua. Pero si, por desgracia, el acusado, volviendo sobre sus pasos tenía la audacia de retractarse, entonces era declarado reincidente, relapso como decían, y era automáticamente la hoguera. Fue el caso de Jacques de Molay y de otros.

Ciento quince años más tarde, Juana de Arco sufriría la misma suerte después de un procedimiento idéntico.

Jurídicamente hablando, el proceso de los Templarios fue entonces, si podemos decirlo, conducido de la forma más correcta. Hoy día podríamos indignarnos. Pero en esos tiempos, nadie podía asombrarse.

## Como corderos al matadero

Sin embargo, lo que es sorprendente, en esta triste historia, es el silencio de los Templarios. Hace pensar en esa pequeña frase del Evangelio “Y Jesús se calló...” “ para gran sorpresa de Pilatos” además, añade el narrador sagrado. Para nosotros también, el silencio de los Templarios parecía sorprendente. Digamos más, nos escandalizaba un poco, como si contuviese una media confesión, una confesión vergonzosa.

Es una impresión que he sentido por mi parte, durante mucho tiempo, hasta el día en que, en Domme, los Templarios me hablaron. Sí ellos se callaron. Pero los graffitis van a hacernos comprender por qué.

Desde el principio del asunto, vemos que los Templarios no buscaron el esconderse. Molay mismo deseaba una investigación que lavara al Temple de las calumnias expandidas. Nada hubiera sido más fácil, para él, mientras que, prácticamente, estaba advertido de lo que se tramaba, que de poner tierra por medio. Todo lo contrario, la misma víspera de la arrestación, acompañaba protocolariamente al rey a la iglesia de los Jacobinos, para el funeral de Catherine de Courtenay, cuñada del rey, mujer de su hermano menor, Carlos, conde de Valois. Pero Molay no podía sospechar el giro que tomaría la “investigación”.

Por lo mismo está fuera de dudas que los Templarios, si hubieran querido, estaban a la altura de resistir. Pero hubiera hecho falta tirar de la espada. Sin embargo, un Templario no sacaba la espada contra un cristiano: así lo quería la Regla. Otra regla que no era la del Temple, pero que regía toda la caballería, estipulaba en el cuarteto conocido:

A Dios mi alma

Mi cuerpo al rey

Mi corazón a mi Señora

Mi honor a mí

Sus cuerpos eran al rey. Eso no se discutía. Y luego, intentemos un poco, para comprender, meternos al menos un poco en el lugar de esos prisioneros. De tal manera tenían consciencia de su inocencia, que no resentían ningún temor; la acción perpetrada contra ellos debió parecerles como el resultado de un error inverosímil, que se aclararía pronto o el resultado de una maldad, que sólo podría acabar con el desenmascaramiento de sus autores.

Se podría decir que la gran culpa de los Templarios (“una culpa más grave que un crimen”, habría dicho Talleyrand), fue creer que bastaba con ser inocentes para no tener nada que temer de la Justicia. Se encargarían pronto de desengañarles.

El Soberano Pontífice les hizo llegar, por lo demás, inmediatamente (en un plazo de tres días), las mejores promesas de un desenlace feliz de ese asunto; pidiéndoles que no se desanimaran, que no pensarán siquiera en huir. A pesar de todo el tiempo transcurría, los interrogatorios ¡y qué interrogatorios! comenzaban. Sólo fue poco a poco, después de que pasara el primer momento de estupor, que la realidad se mostró y que los prisioneros comprendieron que “era serio”.



## La vía del calvario

Entonces esos hombres piadosos se resignaron, considerando su penosa situación como una prueba. Acostumbrados a volver siempre sus miradas hacia Jerusalén que añoraban, orientaron muy naturalmente su meditación hacia el Calvario. El Maestro les llamaba para sufrirlo con El. No esquivaron su llamada. Es lo que nos dicen las cruces, los crucifijos, esas crucifixiones, esos grupos de tres cruces del Gólgota, que encontramos en todas partes y hasta esa evocación del Viernes Santo que nos ha parecido en primer lugar enigmática. Esos hombres rudos y orgullosos, pero profundamente moldeados por la ascesis del Templo, se entregan de todo corazón en la vía del Sacrificio, la vía del Calvario, la vía de la Cruz. He aquí lo que nos han hecho comprender todas esas imágenes; y sólo eso puede explicarlas. Aquí también, como si se hubieran puesto de acuerdo, traducen en imágenes los pensamientos y los rezos de sus hermanos prisioneros como ellos en Sainte-Geneviève: "Oh nuestro Redentor y Defensor, a los que por tu Pasión y tu Humildad encadenas a la madera de la Cruz, redimiéndoles por Tu misericordia, consérvales, consérvanos". Ahora comprendemos su estado de espíritu, su estado de ánimo.

Nos lo dicen estos muros con todas esas cruces, todos esos crucifijos que graban pacientemente, que graban todavía donde hay algún sitio libre, los prisioneros, un poco más cada día, se dejan encadenar por el Maestro a la madera de la Cruz.

Y como el Maestro ante Pilatos y en la Cruz, callan. El silencio es una forma de obediencia. "Paratus in on nibus obedire", dice todavía la Regla. Obedecen callándose. Se dejan llevar "como corderos al matadero" según la expresión de uno de ellos, como el Maestro, siempre, "sicut ovis ad occisionem dentus est" (Is. LIII, 7; He. VIII, 32), es decir sin quejarse. Se dejan humillar, torturar moral y físicamente, sufriendo todo con la intención de obedecer a la Insondable Voluntad Divina. Es muy notable que ninguno de ellos exhale una queja personal. Una oración solamente, desgarradora por lo demás: Madre de Dios, ruega por mí.

Fue ante estos muros cubiertos de esos innumerables crucifijos cuando comprendí el silencio de los Templarios.

## Una santa cólera

Pero el día en el cual, dejando de atacar sólo a las personas, se llega a atacar directamente a la Orden, entonces todo cambia.

Esos hombres enérgicos que hasta allí habían logrado controlar su cólera, mientras sólo estuvieron en tela de juicio su honor personal y su vida, se consideran libres de toda obligación el día en que se toca el honor y la vida de la Orden.

Ante la abolición de esta última por Clemente V, esos hombres, hasta entonces mudos y dóciles, dan rienda suelta a su cólera de repente. Los corderos se vuelven rabiosos. Porque eso es para ellos el escándalo de los escándalos, “la abominación de la desolación en el Templo” vaticinada por el profeta Daniel (IX, 27). ¡Tocar a la Orden! ¡A la Orden de Nuestra Señora! ¡A la Orden de San Bernardo! ¡A la Orden, gloria y pilar de la Cristiandad! ¡A la Orden, su única razón de vivir y su único orgullo! ¡Quitarles “el Manto” con el cual ni siquiera tendrían el consuelo de ser amortajados un día!

Fue entonces un concierto de indignaciones, de cólera, de rabia y de desesperación. Hasta entonces habían oprimido su corazón. Ahora que está abolida la Orden, ahora que por eso mismo se encuentran libres de todos sus votos y de la Obediencia y del Silencio, ahora que la libertad de maldecir, a falta de otra, se les ha devuelto, entonces no dejan de usarla para maldecir a los perseguidores de la Orden. Los puños se crispan ante la atroz caricatura de Clemente V mientras un violento clamor de imprecaciones estalla bajo las bóvedas de esta prisión: ¿“Quis tantus plagor ad auras”? ¿Qué inmenso clamor sube entonces hasta los cielos? Pero este clamor no sube más arriba de las bóvedas, no va más allá de los muros. Estos por lo menos lo graban y como una banda sonora nos la restituyen fielmente hoy.

## El Papa y el Rey

Podemos pensar que es en 1312 cuando se inscriben en ellos la caricatura de Clemente V y la hidra de dos cabezas de Clemente V y de Felipe IV el Hermoso, cuando se comunicó a los prisioneros la Bula de la abolición de la Orden; tal vez también en 1314 cuando murió Clemente V, un mes después del suplicio de Jacques de Molay.

La muerte de la Bestia, bajo los golpes de San Miguel, patrón de la Orden, tendría entonces un acento de revancha. Los prisioneros, comprendámoslo, atravesaron un terrible drama de consciencia, que por lo demás no parece haber mermado su fe en nada. Pero pensaron que por haber perpetrado tal crimen, Clemente V, el destructor del Temple no podría ser sino el satélite de Satán, la "Bestia" del Apocalipsis, peor todavía, el Anticristo en persona.

No sabemos como pudo transcurrir en el otro mundo, el encuentro de Clemente V y de Felipe el Hermoso, con Jacques de Molay y los Templarios. Debió de ser tumultuoso y necesitar la colocación de un servicio de orden importante de legiones de ángeles. Por supuesto no sabemos cual pudo ser la sentencia divina. Pero si los clamores de los Templarios del cielo contestaron a los que hacían subir sus hermanos todavía prisioneros en la tierra, ¡debió de ser, a pesar de la majestad del protocolo celeste, un gran alboroto en el Paraíso!

Es bueno, es saludable, oír por fin a los Templarios clamar su revuelta y su asco, exhalar su rencor, poner en la picota a Clemente V y a Felipe el Hermoso. ¡Pues no se confesaban culpables, y exigían venganza al Cielo! Esta cólera alivia y es buena, aún si es injusta. Hace falta perdonarles este exceso de cólera. Sólo el amor de la Orden ha podido incitarlos.

Su confianza en la Orden se mantenía intacta. Es sobre todo lo que hay que recordar de su actitud. Si hubieran tenido la menor duda en cuanto a la pureza de la Orden, hubieran agachado la cabeza sencillamente, y llorado.

Por otra parte, en la oscuridad de su prisión, podían hacerse una idea de las dificultades más o menos inextricables en las cuales se debatía Clemente V poco a poco aprisionado en las redes de Felipe el Hermoso, quien siendo a la iniciativa de un asunto que le hubiera tenido que incumbir nada más que al Papa, y habiéndolo llevado a su manera, acorralaba ahora al Papa, y le ponía en una situación difícil ante el mundo cristiano.

El problema, cuyo objetivo eran los Templarios, era complejo. ¿Se ha reflexionado sobre las consecuencias que hubiera acarreado la absolución de los Templarios? ¿No hubiera sido por ese hecho la condena del Rey y a los ojos del mundo entero la ostentación de su vergüenza? Las hogueras de sus víctimas hubieran reclamado venganza. ¿Cómo, bajo ese golpe, hubiera reaccionado Felipe el Hermoso? Lo podemos imaginar.

Era entonces la excomunión, el entredicho sobre el reino, las conciencias perturbadas, el Papado prisionero en Francia, los peores extremos tal vez. Un Bonifacio VIII hubiera hecho frente. Clemente V se dobló. Pero se dobló “como un gascón” (de Gasconia) como hubiera dicho el Cardenal Mathieu Rosso de los Orsini.

Por lo que tomó en cuenta el interés general, abolió la Orden, pero autoritariamente, sin juicio, entonces sin condena. Con eso pensaba evitar lo peor, sin conceder al Rey la condena que este último creía tener. Fue sin duda muy astuto.

¿Pero los prisioneros de Domme podían entender tantas sutilidades? Sólo podían ver una cosa, que la Orden era sacrificada injustamente. Se podía contestar que no se había absuelto, y que quedaba bajo el peso de las acusaciones más infamantes.

## El "Destructor"

Los Templarios vieron en Clemente V al Anticristo.

Dante, este gran panfletario, en la misma época, se había limitado a asignarle un lugar en el infierno de los simoníacos. "Vendrá del poniente un Pastor sin ley... el cual será flexible al rey que rige Francia."

Aludía a la leyenda, según la cual Bertrand de Goth hubiera aceptado algunas condiciones en premio al apoyo del rey en la elección del nuevo Papa. Este pacto simoníaco hubiera sido concluido sin testigos, entonces, ¿qué se sabe de él? en un bosque de los alrededores de St. Jean de Angély. Se trataba del Priorato de la Fayolle, en medio del bosque de Essouvert. Esta leyenda, ya muy sospechosa y llena de inverosimilitudes, resultó desmentida cuando se encontró el cuaderno de viajes de Bertrand de Goth. El futuro Papa no se encontraba en Saintonge en la fecha señalada, sino en Lusignan en Poitou, y no fue a St. Jean de Angély.

Los historiadores no han dejado de divulgar esa leyenda que ya circulaba en vida de Clemente V. Es posible que haya llegado a oídos de los Templarios, Clemente V, al final, era por lo menos sospechoso de complacencia exclusiva hacia Felipe el Hermoso, y su prestigio ya estaba mermado.

Los Templarios que habían creído en sus promesas de solicitud, al principio del asunto, habían perdido toda confianza en él. Cuando llegó bruscamente la abolición de la Orden, su desafecto se volvió en odio y Clemente V, para ellos, no fue más que el Anticristo.

¿Cuál fue la suerte final de los Templarios en Domme? Es probable que murieran sin ruido, uno detrás de otro en su cárcel. La última fecha que hemos notado es la de 1320. Y sin duda no eran muy jóvenes en el momento de su arresto en 1307. Y se envejece rápido en prisión.

Se fueron, rezando con toda su alma a Cristo y a la buena Virgen, y a San Juan y a San Miguel..., llevándose a la tumba una fidelidad feroz a la Orden del Temple y un odio no menos sólido hacia el que era su "Destructor".

## **Una botella al mar...**

Cuando la Providencia que ayuda a veces a los investigadores, me puso entre las manos este extraordinario tesoro de graffitis, a medida que entendía mejor su sentido, que descubría más claramente el drama que se había desarrollado en esta cárcel, estuve, lo confieso, profundamente emocionado, tanto como lo estuve, hace unos diez años, ante gritos de angustia y de fidelidad, de otros prisioneros, Protestantes detenidos en la vieja forja de Brouage.

Pero también entendí que allí había más que un recuerdo, por muy emocionante, por muy patético que fuera, pero un documento, un documento vivo, dándonos un reflejo exacto del alma de los Templarios y haciéndonos conocer mejor su comportamiento, que todos los libracos tendenciosos, que los interrogatorios falaces, que las confesiones dictadas bajo la tortura. Este documento es un testimonio a favor para echarlo como “un hecho nuevo” al dossier de ese desafortunado juicio. Entendí por fin, que este documento era también un mensaje, un viejo mensaje de 650 años. En estas torres de bóvedas derrumbadas y abiertas, los muros intactos han conservado este mensaje y nos lo restituyen hoy.

Han grabado día tras día, como en una sucesión de instantáneas, el pensamiento, la vida, la larga resignación y la revuelta por fin de los desdichados seguros de su inocencia que esperaban allí el cumplimiento de su destino. Es todo eso lo que resurge ante nosotros como después de una larga hibernación.

Como unos naufragos en perdición que arrojan una botella al mar, por si acaso, sin saber ni donde ni cuando abordará, ni por quien será recuperada, aún si no llegase nunca, así, esos prisioneros que sabían que no volverían nunca a ver la luz de la libertad, confiaron su mensaje a los muros de su prisión, únicos testigos de su Calvario y de su agonía.

## **Cruces repetidas en todas partes**

Es el mensaje de hombres de una fe robusta y pura, de un sobrenatural notable, que no ha podido resistir sin embargo a la iniquidad que venía precisamente de ese en el cual reposaban su confianza y sus esperanzas, de hombres que habían aceptado ser golpeados por las Potencias de la Tierra, pero que no han podido comprender, en la sencillez de su lógica, que el golpe pudiera ser atestado por el representante de Cristo, del Jefe a quien servían. Sublevados entonces, han llamado del Papa a Dios.

Semejante drama se ha repetido desde entonces en la historia. Este mensaje del cual iba a ser el depositario, ¿podría hundirlo de nuevo en las mazmorras del Pasado? ¿Podía esconder esta luz? ¿Podía negarme a entregar estos documentos a los archivos de la Historia? ¿Acaso los Templarios de allí arriba me lo hubieran perdonado alguna vez?

Pienso que nadie, en adelante, debería sentirse con el derecho de escribir sobre los Templarios sin haber hecho, antes, el peregrinaje a Domme.